
OPINIÓN: Mis años de rockero

Por: Enrique Ubieta Gómez / Especial para CubaSi
12/03/2025



Yo tenía ocho años cuando apareció uno de los álbumes emblemáticos del siglo XX: Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band (1967) de Los Beatles, así que no puedo considerarme parte de aquella generación, pero cuatro o cinco años después —ya desintegrada la banda, e iniciado el mito—, era un adolescente de la Secundaria Básica Guido Fuentes, en el Vedado, que junto a sus amigos de aula escuchaba discos de vinilo o grabaciones de cinta traídos “de afuera” por algún padre complaciente. El tiempo en la primera adolescencia es lento, viscoso, así que nos sobraba para sentarnos en el piso, y disfrutar de aquella música —que ensordecía e irritaba a “las personas mayores”— al máximo volumen. Para qué contar lo que todos los adolescentes saben: imitábamos con las manos el supuesto golpear del baterista y los alardosos punteos de la guitarra “líder”. No eran solo los Beatles, estaban los Rolling Stones, pero más a mi gusto de entonces —un gusto conformado por padres que compraban en tiendas del extranjero, en cortas visitas de trabajo, lo que los vendedores sugerían, y por grupos “no oficiales” de rock que pululaban en la ciudad—, se ajustaban Led Zeppelin, Chicago, Santana, Sangre, sudor y lágrimas (Blood, Sweat&Tears), Aguas claras (Creedence clearwater revival), Deep Purple, Simon y Garfunkel y alguna que otra banda o combo asociados por lo general a una o dos piezas de éxito, como Iron Butterfly y aquella interminable canción llamada “In a gadda da vida” (1968). Para mis padres, pertenecientes a una generación inmediata anterior al boom rockero de los 60 y 70, aquella música era escandalosa. Hoy, muchas de esas canciones —y no hablo de los Beatles, cuya obra ha sido interpretada por orquestas sinfónicas— son acogidas en versiones instrumentales completamente despojadas de la rebeldía iniciática, por Radio Enciclopedia.

Por algún extraño designio compensatorio se difundían en la radio cubana los más banales grupos y cantantes españoles —espacios radiales como Nocturno o Sorpresa nos los colaron, irremediamente, en la memoria afectiva—, algunos mejores, otros infames. El segundo de esos programas fue más selectivo. En ellas también aparecía la música de Serrat, cuyas letras enormes, hermosas —algunas de poetas fundamentales como Machado y Hernández—, acostumbrados como estábamos a las vacías, volátiles, de otras agrupaciones de moda, parecían desbordar la melodía. La Massiel —dándole voz a Aute— insistía en que era más fácil encontrar rosas en el mar que un bello amor, o que se escuchara su pedido de libertad. Silvio, sin embargo, sostenía que la era estaba pariendo un corazón.

Los segundos 60 y primeros 70 del siglo XX fueron convulsos: el mismo año en que se editaba el extraordinario disco de Los Beatles, asesinaban al Che Guevara en Bolivia. Recuerdo que fui a la Plaza de la Revolución de la mano de mis padres, y no puedo vanagloriarme de haber tenido la suficiente madurez para entender a plenitud lo que ocurría, pero la emoción es como la electricidad, no repara en edades. Y deja huellas. La década de 1965 a 1975 fue potencialmente revolucionaria, pero el sistema supo asimilar, revertir y deshuesar las diversas e inicialmente agresivas manifestaciones contraculturales de la década: en los Estados Unidos se intensificaba la lucha contra el apartheid a la comunidad afroamericana y contra los atropellos a los homosexuales, considerados como enfermos mentales —hitos en esa lucha fueron el asesinato de Malcolm X (1965) y de Martin Luther King Jr. (1969), la creación del Partido Pantera Negra de Autodefensa (1966 – 1982), que tuvo un episodio internacionalista en la guerra de Argelia, los disturbios de Stonewall (1969), un club de homosexuales que repelió a tiros una redada policial—, y las protestas, cada vez más intensas contra la intervención estadounidense en la guerra de Vietnam, en la que se experimentaron armas químicas y se emplearon los más modernos aviones de guerra. El movimiento hippie en los Estados Unidos retaba al sistema, pero su rebeldía será rápidamente encapsulada en islotes de sexo, música y drogas; su rebelión antisistémica fue secuestrada por el mercado y universalizada como expresión del sistema. En su lúcido ensayo *El imperio contracultural. Del Rock a la Posmodernidad*, Luis Britto expone de pasada una hipótesis que nos atañe, sobre la asimilación bipolar que la contracultura del rock generaba en países dependientes, y yo añadiría, en un proceso revolucionario como el nuestro, en franca guerra cultural:

Si el joven de la metrópoli adopta cierto símbolo como expresión de protesta y de distanciamiento con respecto a los valores del sistema industrial en que vive, el consumidor de la nación dependiente lo asume en señal de adhesión a la metrópoli. (...) El 'yankófilo' del país dependiente consume el arte sicodélico sin advertir que se trata de un producto típicamente 'antiamericano', y el izquierdista irreflexivo lo rechaza sin análisis prejuzgando que es 'americanizante'”

John Lennon, sin embargo, ya en solitario o junto a Yoko Ono, siguió retando a los poderosos y nos legó, entre otras canciones, ese himno que es “Imagine” (1971), hasta que fue asesinado en Nueva York. Hoy nos acompaña, sentado en un banco de un parque del Vedado, en La Habana. Y en muchas casas cubanas —como en la mía— hay un grabado de Ares, en el que aparecen juntos los rostros de Lennon y el Che.

La proyección del imperialismo a escala universal fue igualmente traumática: los disturbios de mayo en París (1968) y la masacre de estudiantes en Tlatelolco, México (1968), el triunfo electoral de Allende en Chile (1970) y el golpe de estado de Pinochet, auspiciado por el gobierno estadounidense (1973) que extendió o mantuvo dictaduras militares en todo el Cono Sur y auspició la llamada Operación Cóndor, y su secuela de crímenes de lesa humanidad, el asesinato de Amílcar Cabral (1973), el inicio de la intervención sudafricana en Angola, recién liberada, y de una larga guerra en la que intervendrían de forma decisiva y solidaria cientos de miles de internacionalistas cubanos (1973), la victoria vietnamita y la reunificación del Norte y del Sur en un solo estado (1975), así como la intensificación de la lucha guerrillera en Centroamérica, marcaron esos años.

Mi visión era la de un adolescente de la capital, en los primeros 70. No me permitían tener el pelo ni discretamente largo —ni la Escuela, ni mis padres—, aunque a veces lográbamos burlar el límite exigido, sobre todo en los períodos de “escuela al campo”. Limitados por carencias culturales, los revolucionarios cubanos compartían el sentimiento homofóbico de la época y algunos conceptos mediocres de vida, heredados del pasado. No fue hasta mi ingreso en la enseñanza superior, muy lejos de mis padres, en la antigua Unión Soviética, que pude dejarme crecer el pelo hasta los hombros. Mis hijos, en cambio, siempre lo han usado a su manera, a veces largo, a veces corto, y han llevado argollas y se han tatuado algunos dibujos de identidad.

Pero quiero rectificar un malentendido: durante el transcurso de la semana, los alumnos de la Secundaria nos enterábamos (el rumor era más exacto que cualquier noticia de la prensa) de cuáles serían las fiestas de 15 en las que tocaría alguno de los grupos de rock de la capital. Ninguno era reconocido de manera oficial, no aparecían en la televisión o en la radio, ni interpretaban canciones propias, solo imitaban a los grandes grupos anglosajones de rock de la época y cantaban en inglés, o como dice Guille Vilar, en spanglish, sus éxitos. Recuerdo los nombres de tres agrupaciones de ese corte: Los Kent (que duran hasta hoy, ya profesionalizados), Los Almas Vertiginosas y Los Sesiones Ocultas. El rock anglosajón era entonces valorado como una forma de distorsión ideológica en los jóvenes. Sin embargo, esos grupos no eran clandestinos.

Para realizar una fiesta escandalosa en aquellos años —y no cabe dudas de que tener a un grupo de estos dentro de la casa, clasificaba en este rango—, había que solicitar un permiso en la Estación de Policía más cercana, usualmente expedido hasta las 12 de la noche, aunque si se trataba de unos 15 o de una boda, las autoridades

solían hacerse de la vista gorda hasta la una, poco más o menos. Es decir, que cada fin de semana se realizaban al menos uno o dos conciertos “privados” de rock en la ciudad, que no solo conocían todos los adolescentes y jóvenes (y sus padres), sino además las autoridades locales y muy especialmente los vecinos. El precio que los dueños de casa pagaban por traer a casa a esos intrépidos intérpretes oscilaba entre los 800 y los 500 pesos cubanos (el salario de un profesional oscilaba entre 250 y 400 pesos).

Lo cierto es que los sábados salíamos a la caza de fiestas a las que no habíamos sido invitados, y a las que intentábamos entrar de cualquier manera. Algunos padres de quinceañeras imprimían invitaciones y colocaban parientes en la puerta de sus viviendas para controlar el acceso que casi siempre era burlado, con paciencia y perseverancia. ¡A cuántas fiestas-conciertos asistí en aquellos tres años de Secundaria! Mi hermana, enferma de nacimiento, tuvo sus 15 rockeros: mi padre ahorró con esfuerzo el dinero necesario para contratar a una banda (no recuerdo su nombre) que tocó durante dos horas en el comedor de la casa. Creo que los vecinos de la cuadra debieron haber sentido el retumbar de aquella música “endemoniada”, como si los músicos estuviesen dentro las suyas; ese, realmente, no puede ser el significado de la palabra “clandestino”. Entre fiestas, novias y fugas de la escuela durante el receso de media mañana, para bañarme en las aguas del Malecón habanero, mi destino quizás hubiese sido otro. Sin embargo, el décimo grado lo inicié en la Escuela Vocacional Lenin y las cosas cambiaron para mí. Pero ya esa es otra historia.
